



CARLOS LAVIN

Editoriales

SEMBLANZA DE CARLOS LAVIN

Corrían los primeros años de nuestro siglo. La vertiente científica ocupada de nuestra cultura aborígen había dado ya brillantes frutos en la obra de Philippi, Guevara, Medina, Augusta y otros. La llegada del doctor Lenz a nuestro país y su extraordinaria labor orientadora, desde sus cátedras del Instituto Pedagógico, condujeron a la sistematización y profundización de la disciplina. Junto al sabio alemán formaron un núcleo selecto Ricardo E. Latcham, Aurelio Oyarzún y Martín Gusinde. En esta etapa propicia y abierta a toda clase de inquietudes nacionalistas, aunque lejos aún de la comprensión pública, apareció un joven aficionado a la música, que buscó en las expresiones de llamada genéricamente raza araucana, elementos aprovechables para su composición artística, y medios de contacto con los factores históricos, psíquicos y sociales que contribuyeron a la gestación de nuestra actual nacionalidad. Autodidacta decidido, inició una trayectoria sólo interrumpida por la muerte, caracterizada por un singular individualismo y un entusiasmo a toda prueba, que lo llevó muchas veces a caminos encontrados y a dispersiones imprevisibles.

En 1922 se cumplen sus deseos de visitar los centros intelectuales y artísticos de Europa, gracias a una comisión encomendada por el Gobierno chileno. Fueron doce años de constante aprendizaje: las lecciones de Mauss, en Sociología, en la Sorbona, y las de von Hornbostel, en la Universidad de Berlín, abren horizontes nunca imaginados para la continuación de las inquietudes de quien, desde ese momento, como lo expresara uno de sus íntimos amigos, comprende que la visión de la patria necesita de instrumentos metodológicos, sólo posibles de encontrar en el viejo continente. Sus peregrinaciones se extienden a España, Rumania y Grecia, y, al mismo tiempo, con lentitud y tesón, se entrega a la elaboración de las obras musicales que lo hacen sentirse más cerca de los motivos indígenas que constituyeron su motivo de partida. Entre 1929 y 1934, su producción es acogida en festivales y conciertos, destacando las *Lamentaciones huilliches*, que le producen una de las más grandes satisfacciones de creador, a raíz de las encomiásticas críticas berlinesas. La *Suite andina* y los *Mitos araucanos* son consagrados por la edición de Max Eschig, de París. El sabor a gloria comienza a ser gustado por este empedernido solitario, que aún no se resuelve a regresar a su lugar de origen.

En estos instantes de la existencia de Carlos Lavín, tan brevemente reseñados a lo largo de estas líneas, puede afirmarse que su posición adopta perfiles definitivos: un espíritu eminentemente europeo, en particular barcelonés; una búsqueda de los fenómenos humanísticos y un personalismo apa-

rentemente severo, pero generoso y encauzador, son las constantes con que surge su figura inolvidable en la década del cuarenta, en que se reincorpora a los organismos nacionales, principalmente al Instituto de Investigaciones Musicales de la Universidad de Chile. Empieza, entonces, su vagar físico por Chile, que ya había recorrido espiritualmente desde su lejanía y añoranzas europeas. Sus cuadernos de viaje, recortes de prensa, colaboraciones enciclopédicas, artículos especializados y las monografías publicadas por esta revista, nos hablan elocuentemente de sus andanzas innumerables; pero, pese a la enorme cantidad de material recogido, la gran diseminación de sus experiencias y la irreprimible búsqueda de nuevas vetas, le impidieron cristalizar en una obra de macizo volumen, todo el saber que se presentía en sus trabajos y conversaciones.

Las condiciones anímicas ya aludidas lo llevaron a un empecinado aislamiento hasta su regreso final a su amada Barcelona. Cuantos tuvieron la ocasión de encontrarse a su lado a través de los veinte años que duró su postrera estancia en Chile, lo hallaron siempre sumergido en una atmósfera propia e intransferible. Entregado a una tarea de redacción, recuento y ordenación, solía desenvolverse entre cantidades increíbles de toda suerte de papeles. Cuando daba libre curso a su memoria, en la cual los temas chilenos de su infancia y adolescencia ocupaban un lugar favorito, el anecdotario emergía rico y ágil, y desfilaban, como por un mágico escenario, las aventuras bibliográficas de don José T. Medina, o su amistad juvenil con el doctor Lenz, a quien sirviera de guía en algunas de las expediciones recolectoras a las *quintas* de la periferia de Santiago, en las pesquisas sobre los hábitos y repertorios de los poetas populares. Esta segunda referencia nos permite completar la apreciación del interés científico de Carlos Lavín, ya que hasta ahora nos habíamos detenido en lo correspondiente a la cultura indígena. En efecto, y queda recalcado en su último período de permanencia en Chile, el estudio del folklore pasa a ser su actividad preferente, comprobable en títulos de la categoría de *Las danzas rituales de la Candelaria*, *Nuestra Señora de las Peñas*, *La Tirana*, *El rabel y los instrumentos chilenos*, *La música sacra de Chiloé*. Agreguemos a esta paciente tarea investigadora, su generosa actitud de estímulo y ayuda a muchos de los que en ese entonces sintieron el llamado del estudio y la divulgación del Folklore. Por razones particulares, y como el ejemplo más categórico, podemos citar el generoso aporte de Carlos Lavín a la Agrupación Folklórica Chilena, desde 1952. No en vano fueron sus enseñanzas, y así lo reconoció, con profunda alegría, al regresar a España y ya muy próximo a su fin. Ha querido el destino que uno de quienes fuera su discípulo, haya sido el encargado de destacar algunas de las características de su vida y quehacer desde las páginas de esta Revista, que lo contó como uno de sus colaboradores más preciados y constantes.

En agosto de 1962, la prensa de Barcelona publicó, con fecha 29 de agosto, una escueta y fría noticia: "Esta tarde tuvo lugar el entierro del musicólogo

y compositor chileno Carlos Lavín Acevedo, muerto el lunes en esta ciudad, a la edad de 79 años . . .”.

El hecho repercutió en un círculo pequeño de parientes, amigos y discípulos. En cambio, la proyección de las investigaciones del maestro cobrará cada día mayor fuerza y será el punto de partida para quienes deseen incursionar por las mismas rutas que él abriera. Pero como éstas consecuencias futuras acostumbran a llevar el sello del anonimato y son fácil presa del olvido y del despojo, quisiéramos ahora hacer presente la leyenda inscrita en el diploma que acreditara a Carlos Lavín como miembro honorario y corresponsal de la Sociedad Folklórica de México, y que expresa que tal distinción se confiere “en vista del decidido amor a los estudios folklóricos que ha demostrado el señor profesor . . .”. Y nosotros, en mérito al afecto y a la tenacidad entregada a lo largo de toda su jornada terrena deseamos rendir, —además de demostrar a las generaciones venideras con este número de homenaje que le dedica nuestra revista— un testimonio de verdadera chilenuidad, digno del más noble de los agradecimientos y del mejor de los estímulos.

Manuel Dannemann